

Prospectiva: La ciudad del año 2000

ALBERTO CIGNOLI

RESUMEN

NACIDO EN ROSARIO (provincia de Santa Fe) en 1927. Se graduó de arquitecto en la Universidad Nacional del Litoral en 1956. Actualmente es asesor de la Oficina Metropolitana de la Secretaría del Consejo Nacional de Desarrollo. Esta oficina tuvo a su cargo la preparación del Esquema Director para la Región (Propuesta de organización del espacio urbano al año 2000). Fue coordinador docente de la Escuela de Arquitectura y Planeamiento de la Universidad Nacional del Litoral. En 1966/67 director ejecutivo del estudio conjunto Consejo Federal de Inversiones y prov. de Corrientes para el plan de desarrollo urbano de la ciudad de Corrientes. Arquitecto asesor de Planeamiento Rural y Urbano de la provincia de Misiones. De 1959/61 becado en Europa por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas para hacer estudios sobre metodología del planeamiento regional y urbano.

MOTIVOS de diverso origen han dado lugar a la actual proliferación de estudios sobre el futuro. Pero la complejidad inherente al porvenir de la sociedad, exige la puesta a punto de un método que trascienda objetivos puramente sectoriales y constituya fundamentalmente un marco para la lectura de una realidad totalizadora. La prospectiva pretende ser algo más que una previsión temporal y conlleva una parte normativa y decisional que habitualmente se presenta como un conjunto de alternativas de decisiones. Podría definirse como un compromiso entre lo previsible y lo normativo. Al superar la simple afirmación de lo que va a venir, se la ha considerado la categoría más totalizante que comprendería y superaría a la vez a la utopía, a la profecía y a la previsión. Pero la prospectiva está expuesta a un gran peligro ya que muchas de las especulaciones sobre el porvenir constituyen en gran parte ensayos de persuasión para preservar el orden existente. Al respecto debemos confesar que la mayoría de los proyectos, planes o imá-

genes del futuro mediato que conocemos parten de un supuesto que consideramos una limitación fundamental: la invariabilidad de la actual situación social, económica y política.

El término de lo "urbano", tomado como abreviatura de sociedad urbana, resulta hoy preferible al de "ciudad", máxime si lo consideramos todavía como un proceso en gestación y no una realidad alcanzada. Por ello, no puede existir una ciencia de lo urbano, sino un conocimiento en formación sobre un proceso totalizador. Resulta así muy difícil concebir la "ciencia del fenómeno urbano" ya que cada ciencia específica delimita el campo de su dominio dentro de un fenómeno. Cada descubrimiento dentro de estas ciencias permite un nuevo análisis del fenómeno total, pero los fragmentos no constituyen un conocimiento.

Si todavía no se poseen los métodos que permitan hacer prospectiva con la confiabilidad deseable, en lo que respecta al "fenómeno urbano", el rudimentario instrumental disponible no permite prever las variaciones del conjunto en su totalidad. Pero en este caso el año 2000 no resulta un horizonte muy lejano. El plazo de 30 años, el período de una generación, resulta el mínimo para plantear el marco general de una organización del crecimiento y la renovación de una urbe. Para ello deben analizarse los principales factores determinantes del porvenir de este proceso universal.

Ante las inmensas transformaciones que nos esperan no estamos preparados todavía para afrontarlas y dominarlas. La era en la que estamos entrando implica una modificación radical de las actuales estructuras jurídicas y administrativas, pero fundamentalmente de los métodos de pensamiento y acción heredados del pasado.

La principal cuestión: la de los deberes y derechos y poderes del ciudadano hacia la urbe. Esto está directamente ligado a la forma de gobierno de las grandes urbes y a la participación e identificación de la población en el proceso que significa esta gran empresa. Reduciendo los planes y proyectos a un mero análisis técnico se les resta una dimensión: la dimensión política.

LA PROSPECTIVA

La proliferación actual, especialmente en países del hemisferio norte, de estudios e investigaciones sobre el futuro responde a evidentes necesidades de origen ideológico, político, militar o científico. Por razones

obvias la aceleración de los procesos de innovación tecnológica han influido mucho en la proliferación aludida, precisamente en aquellos países que han alcanzado un alto nivel de desarrollo industrial.

Pero si resulta relativamente factible determinar los futuros posibles en un determinado dominio tecnológico, resulta mucho más delicado extender a otros campos de la actividad humana este tipo de estudios debido a las interdependencias tecnológicas, institucionales o, más genéricamente, sociales que deben ser tenidas en cuenta.

El estudio de la sociedad y de su porvenir debe ser necesariamente el de las relaciones dinámicas que caracterizan su evolución. La prospectiva como disciplina no puede abarcar únicamente el análisis de las potencialidades o posibilidades existentes o la individualización de los diferentes factores requeridos para la toma de decisiones, sino que debe también poner en claro los poderes que trasuntan dichas decisiones y que se imponen a la misma prospectiva.

La complejidad del dominio inherente a esta totalidad, exige la puesta a punto de un método que no se proponga ser la expresión de un objetivo parcial, sino una especie de marco de lectura de una realidad que es a la vez densa y extensa. El progreso alcanzado en las ciencias exactas no constituye ninguna garantía total para esta nueva empresa. La prospectiva no puede admitir los procesos lineales y unívocos a los cuales escapan evidentemente los fenómenos sociales.

Se ha definido a la utopía, o como utópico, a todo “plan, proyecto, doctrina o sistema halagüeño, pero irrealizable” y a la profecía como una anticipación del futuro que funda su autoridad en fuentes no científicas, ya sean mágicas, artísticas, místicas o ligadas a una autoridad carismática. En realidad ambas constituyen un desplazamiento hacia el futuro de realidades y deseos del presente.

Mientras la previsión puede definirse como una inferencia sobre las relaciones entre dos fenómenos, fundados en bases científicas, la prospectiva resultaría ser toda afirmación razonablemente científica sobre los objetos —y en consecuencia sobre los problemas— que alcanzan al porvenir.

Toda prospectiva contiene una dosis variable de previsión, pero supera la simple afirmación de lo que va a venir. Se la ha considerado la categoría más totalizante, que comprendería y superaría a la vez a la utopía, a la profecía y a la previsión.

La previsión resulta ser la extrapolación de datos actuales hacia el futuro que se imagina animado por movimientos de la misma naturaleza

y del mismo ritmo que los del presente. No es activa, constata el curso natural de acontecimientos y revela, en última instancia, su vinculación íntima con la planificación indicativa.

La prospectiva a diferencia de la utopía, que mezcla deseos y realidades, constituiría un discurso científico y crítico que poniendo en evidencia las contradicciones, trazaría sus propios límites.

R. Ruyer describe el procedimiento utópico como el punto de encuentro de un razonamiento científico y de un sueño, sueño proyectado o fantasía onírica. "La utopía es un juego sobre el objeto, estudia los posibles objetivos. Es indirectamente sueño y proyección de complejos... Una multitud de utopías son puró juego sobre los posibles, sin ninguna nostalgia hacia el mundo que ellas fabrican" Esto pertenece por naturaleza al orden de la teoría y la especulación. Es relativo al "comprender" Comprender significa rechazar la consideración de un fenómeno como absoluto, incambiable. Desde este aspecto el procedimiento utópico estaría muy próximo a la ciencia o bien la ciencia muy cerca de la utopía. La utopía presentaría substanciales afinidades con la invención científica. Se asemejaría fundamentalmente en lo que implica como ruptura de las "combinaciones habituales" Ello no presupone que todas las utopías contengan verdaderas invenciones. Pero la invención comienza a menudo por un juego utópico, existiría especialmente en la primera fase, la fase creativa, una similitud de posición entre el inventor y el utopista. La diferencia fundamental está en que el científico *verifica*, el utopista se detiene antes de la verificación.

"Los esquemas, las posiciones utópicas extremas y simplificadas, sirven de auxiliares en la exposición de los problemas de una época, un poco como los números imaginarios sirven de auxiliares para los problemas matemáticos. Que las soluciones utópicas del problema del derroche, o de la moralidad de la civilización hayan ayudado a esclarecer el pensamiento de los hombres o a deslumbarlos por su falsa claridad, ellas han tenido en todo caso, su papel de acompañamiento, de complemento, de sistematización"

Pero no debe verse en la prospectiva el resabio contemporáneo de la utopía. En su conjunto, sometiéndose en principio a la prueba de la verificación, la prospectiva da un paso mayor hacia lo científico en relación con la utopía. Pero debe tenerse en cuenta que la verificación del ejercicio de la prospectiva quedará como prueba precaria, parcial y discutible

LA CIUDAD DEL AÑO 2000

en su fundamento, mientras la experimentación social no haya cumplido progresos decisivos, la verificación según lo aseguran los procesos contemporáneos no resulta ser la última palabra de la ciencia.

Escribe Y. Barel: "Es necesario que recordemos lo que escribe Ruyer sobre el hecho de que la verdad no es el único valor científico. El escándalo de la geometría no-euclidiana (y el de la euclidiana) está presente desde hace mucho tiempo para mostrarnos que la ciencia progresa utilizando postulados que sabe que son "falsos". Y sobre todo debe recordarse lo que hemos podido aprender sobre la relativa solución de continuidad entre el mundo de los "observables" y los mundos "imaginarios" del método hipotético-deductivo. La reconciliación parcial de la prospectiva y de la verificación no puede constituir un retorno al positivismo empírico del siglo pasado. Se puede ser marxista, manipular la plusvalía o el trabajo abstracto y realizar una buena tarea con estos conceptos, sin dejarse intimidar por la sumatoria de tener que "verificar" la existencia de la plusvalía o del trabajo abstracto. Tampoco hay verificación posible de ciertos análisis estructurales, como no hay verificación posible de la existencia o no existencia de Dios, gracias a las rondas espaciales de los astronautas. Para decir las cosas de manera grosera, no se "verifica" la existencia de un concepto, porque una tal operación sería una contradicción en los términos. Se puede solamente verificar y hasta un cierto punto que las relaciones mantenidas por este concepto con la realidad observable sean coherentes, o según el caso útiles. Es en este sentido que la prospectiva está sometida eventualmente a verificación y la simple *amenaza* de verificación le hace dar un paso importante hacia el "status científico"

Por otra parte, la obligación de fechar los fenómenos prospectivos, aunque sea con gran aproximación, implica una garantía científica no despreciable. Este hecho comporta también el de rendir cuenta de los caminos plausibles entre la etapa de partida y la de llegada de un proceso. Por último, el resguardo más importante es el de carácter decisional de la prospectiva. Pierre Massé recalca el hecho de que la prospectiva está orientada hacia la acción gracias a la búsqueda de hechos generadores de ruptura.

Lo importante aquí es comprender que una prospectiva que conscientemente pretendiera hacer abstracción, ya sea de su aplicabilidad, ya sea de la voluntad humana en su aplicabilidad, como pudo ser el caso de la utopía, constituye hoy una empresa sin porvenir.

Se ha comparado la situación actual de la prospectiva con la de la meteorología. Nadie afirma que ésta sea una ciencia que no tenga objeto,

aunque su "realidad" pareciera no existir todavía. Está sujeta a imprecisiones y errores ¿pero acaso puede definirse hoy la ciencia por la ausencia de errores? Si esta comparación entre ambas disciplinas resulta válida se debe a que las dos tienen el mismo *núcleo* científico, este núcleo es el de cumplir una función esencial, la *función de previsión*.

La prospectiva es, por una parte, una previsión temporal (al igual que la planificación) pero también es algo más. Comporta una parte normativa y decisional que se presenta generalmente como conjunto de alternativas de decisiones. La prospectiva podría definirse como un "compromiso" entre lo previsible y lo normativo. La previsión de una familia de trayectorias constituye una operación científica y la previsión de lo que puede ocurrir permite comprender que el contenido científico de la prospectiva desborde la previsión en el sentido estricto del término.

Puede inferirse entonces que la prospectiva tiene un contenido científico porque puede tener un objeto, que este contenido no tiene el mismo status científico que el de otras disciplinas pero que podrá ser mejorado en un futuro gracias al proceso de interacción del pasado con el porvenir.

Por otra parte, parecería que la verificación en ciencias sociales en definitiva se orientará, a despecho de todo progreso que puedan efectuar las "técnicas de simulación", hacia la posibilidad de la misma experimentación social. Pero qué es la experimentación social sino la elección deliberada por parte del hombre de su futuro, la decisión colectiva, la planificación, el proyecto social. Por esta vía llegamos a una hipótesis diametralmente opuesta a la de ciertos prospectivistas y prospectivas, en el sentido de que la toma de consideración de lo normativo, del acto político, de la elección ideológica, es condición esencial de validez científica de esta prospectiva.

Dos acotaciones finales: cada actividad humana que toma forma definida en la práctica social, pretende lo universal, tiende hacia la totalidad, se confronta con las otras y busca deviniendo totalizadora a subordinarlas. Es el momento en que aparecen las limitaciones. El momento de la totalización se revela también como el del fracaso. Es en su momento totalizador que el arte, la cultura o la ciencia producen, por ejemplo, el esteticismo, el culturalismo, el científicismo, el tecnocratismo, etc. Henri Lefebvre señala el vínculo entre estas "totalidades fragmentarias" y el desarrollo de todas las formas de alineación, el imperialismo sectorial deviene en general indisociable de la racionalidad.

LA CIUDAD DEL AÑO 2000

Consecuente con lo anterior resulta la experiencia registrada en los países que han alcanzado un alto nivel de acción planificada. En ellos se produce una especie de "explosión" del poder planificador mediante una yuxtaposición de planificaciones sectoriales. Es decir, que parecería que la existencia o no de aparato oficial de planificación central no puede frenar ni acelerar el juego de fuerzas centrífugas originadas por las planificaciones sectoriales. Esta "explosión" en múltiples direcciones resulta reforzada por el hecho de que la planificación tiende a devenir multifuncional (económica, social, territorial, etc.).

Jantsch constata que para estudiar el mundo actual, caracterizado por la multidimensionalidad, no disponemos en lo esencial más que de métodos relativamente independientes los unos de los otros y unidimensionales. Este resulta ser el problema capital de las relaciones entre la previsión tecnológica y la prospectiva social. O más bien que una previsión tecnológica realmente creativa y dinámica demandaría para ser posible la modificación profunda de las estructuras sociales.

Por último debemos señalar que la prospectiva está expuesta a un gran peligro. Pensamos con Jean Meynaud que las especulaciones sobre el porvenir constituyen en gran parte un ensayo de persuasión para provecho del orden existente. Y también que muchas descripciones del porvenir previsible responden a la voluntad más o menos consciente del rechazo del marxismo y el socialismo, tratando de demostrar su inadaptación a las realidades del siglo XX.

Si la prospectiva pretende ser ante todo un discurso crítico y realista debe situarse en el encuentro de lo que es científicamente deseable y políticamente requerido. Es decir, que tanto la incoherencia como el tecnocratismo deben ser evitados.

Al respecto, debemos confesar que hasta ahora los proyectos, planes o imágenes del futuro mediano que han pasado por nuestras manos parten de un supuesto que a nuestro juicio constituye una limitación fundamental: la invariabilidad de la actual situación social, económica y política.

En efecto, si aceptamos que la prospectiva consiste en un juego de imágenes respecto al pasado, presente y futuro, y que su problema central es la construcción del cambio y de su aceptación, lo que implica la construcción del presente en función del futuro buscado, la limitación señalada constituye un serio cuestionamiento a aquellos planes o proyectos.

LA SOCIEDAD URBANA

Henri Lefebvre propone definir a la sociedad postindustrial, es decir, aquella que nace de la industrialización y la sucede, con el concepto de *sociedad urbana*, designando de esta manera más que un hecho consumado, una tendencia, una orientación, una situación aún más potencial que real. También designa con las palabras *revolución urbana* al “conjunto de transformaciones que atraviesa la sociedad contemporánea para pasar del período donde predominan los temas de crecimiento e industrialización (modelo, planificación, programación) al período donde la problemática urbana triunfará decisivamente, donde la búsqueda de soluciones y de modalidades propias de la sociedad urbana pasará al primer plano”.

Lo urbano como una abreviatura de “sociedad urbana” se define entonces “no como una realidad alcanzada, situada detrás de lo actual en el tiempo, sino por el contrario, como horizonte, como posibilidad esclarecedora”. El término de “lo urbano” resulta hoy preferible al de “ciudad” que designa “un objeto definido y definitivo, objeto dado de ciencia y objetivo inmediato de acción”

Por lo tanto no existe todavía, dentro de esta perspectiva, una ciencia de lo urbano, sino un conocimiento en formación sobre un proceso totalizador.

“La *problemática urbana* se impone a escala mundial. ¿Puede definirse la realidad urbana como una superestructura, en la superficie de la estructura económica, capitalista o socialista? ¿Cómo un simple resultado del crecimiento y de las fuerzas productivas? ¿Cómo una modesta realidad marginal con respecto a la producción? ¡No! La realidad urbana modifica las relaciones de producción, sin alcanzar a transformarlas. Deviene fuerza productiva como la ciencia. El espacio y la política del espacio *expresan* las relaciones sociales, pero reaccionan sobre ellas.” De esta manera el fenómeno urbano se presenta como una realidad total que implica el conjunto de la práctica social y que resulta imposible aprehender de inmediato. Y también: “El conocimiento no es necesariamente copia o reflejo, simulacro o simulación de un objeto *ya* real. *Inversamente*, no construye necesariamente su objeto en nombre de una teoría previa del conocimiento de una teoría del objeto o de “modelos” A la vez, es cierto que no hay ciencia sin hipótesis teóricas.

Por otra parte, resulta muy difícil concebir la “ciencia del fenómeno urbano” Cada ciencia específica delimita dentro de un fenómeno, un cierto campo, el de su dominio; cada descubrimiento de estas ciencias

LA CIUDAD DEL AÑO 2000

sectoriales permite un análisis nuevo del fenómeno total. Pero los fragmentos no constituyen un conocimiento.

Se podría confiar la síntesis a una investigación prospectiva. Pero mientras tanto la previsión como la prospectiva se apoyen en ciencias sectoriales, como la demografía o la economía y extrapolen a partir de hechos, de tendencias, de un orden ya conocido no resultarán herramientas suficientes. Porque lo que está en cuestión "objetivamente" es una totalidad: el fenómeno urbano el cual se caracteriza hoy por una situación crítica en la cual no se discernen con claridad ni tendencia muy definidas ni un orden donde inscribirlas. Si se desconocen las "condiciones de contorno" ¿sobre qué bases puede fundarse una prospectiva del fenómeno urbano? ¿Qué podría aclarar con mayor precisión y concreción de lo que resultara de una visión de conjunto, producto del encuentro de una familia de proyecciones para un horizonte dado, desprendidas de las ciencias sectoriales?

Estas consideraciones no implican aprobar la actitud de un "positivismo urbanístico" que acepta y admite hechos consumados como definitivos y que constata sin cuestionar, o incluso se prohíbe el cuestionario, y que por lo tanto resulta una forma de tecnocratismo.

Siguiendo a H. Lefebvre por ahora podemos definir lo urbano como yustaposiciones y superposiciones de sistemas y la relación de estos sistemas constituidos unos en función del territorio, otros en función de la industria, otros en función de núcleos del tejido y podemos afirmar también que no hay ciudad ni realidad urbana sin un centro. Este centro puede dispersarse en centralidades parciales dando lugar a una poli-centralidad, pero mientras no sean modificadas ciertas relaciones de producción y de propiedad, la centralidad estará bajo el dominio de aquellos que resultan beneficiarios de esas relaciones.

Como también escribe H. Lefebvre "El conocimiento del fenómeno urbano no puede constituirse como ciencia sino por y para la formación consciente de una *praxis urbana* que suplante la *praxis industrial*, hasta ahora expresada con su propia racionalidad", y agrega: "La prospectiva, como el urbanismo contienen una estrategia. Esta mezcla la ideología y el cientificismo o más bien aquí como en otras partes el cientificismo es una ideología, excrescencia que se injerta en conocimientos reales pero fragmentarios. La prospectiva también extrapola por reducción.

"En el caso de esta exploración que está en sus comienzos, el fenómeno urbano se nos ha aparecido como una cosa diferente y más amplia que la *superestructura* (del modo de producción). Esto para responder a

un diagnóstico marxista que lleva varias marcas. La problemática urbana es mundial. Los mismos problemas se encuentran en el socialismo y en el capitalismo, como así la misma falta de respuesta”

LA CIUDAD DEL AÑO 2000

De lo escrito en los párrafos anteriores se desprende que todavía no se poseen los métodos que permitan hacer una prospectiva con la confiabilidad deseable. En lo que respecta a nuestra preocupación, el fenómeno urbano, que puede definirse como un sistema espacial integrado por una serie de elementos interrelacionados tanto entre sí como con la totalidad del sistema, el rudimentario instrumental disponible no posibilita prever las variaciones del conjunto aun conociendo las variaciones de uno o más de sus componentes.

Pero las dificultades enunciadas no nos deben hacer perder de vista el tema que estamos abordando: la ciudad del año 2000. Precisamente en este caso el año 2000 no resulta un horizonte muy lejano. En efecto ¿qué representan 28 años en la vida de una urbe?

Si pensamos cuántas deficiencias y gran parte del caos que caracterizan tanto al Buenos Aires de hoy como a otras ciudades del país, se pudieron haber evitado de adoptar treinta años atrás una serie de previsiones al respecto, constatamos que dicho plazo, el período de una generación, resulta el mínimo para plantear el marco general para la organización del crecimiento y la renovación de una urbe.

Un estudio del futuro del fenómeno urbano implica un análisis de los principales factores determinantes del porvenir, de los objetivos por alcanzar y de los medios necesarios para concretarlos.

El 20 % de la población actual del planeta reside en áreas urbanas de más de cien mil habitantes y alrededor del 10 % en aglomeraciones que superan el millón y si la aceleración de este proceso se mantiene al ritmo del último decenio, ya en 1990 la mitad de la población del mundo residirá en conjuntos de más de cien mil habitantes. Esto se cumple en países grandes o pequeños, centrales o dependientes, de alta o baja densidad de población, de economía capitalista o socialista. Por lo que conocemos en ningún caso han dado resultados significativos los esfuerzos realizados para limitar el crecimiento de las áreas metropolitanas. La Argentina no

LA CIUDAD DEL AÑO 2000

escapa a este fenómeno y ya más de la mitad de su población reside en centros de más de cien mil habitantes y alrededor del 35 % de aquella en su área metropolitana.

La urbanización es un fenómeno irreversible del mundo actual y resulta inoperante discutir si constituye un factor positivo o negativo para la humanidad.

Varios son los factores que caracterizan el proceso de urbanización. En nuestro país y en América en general, mientras se producen altas densidades en las áreas centrales como consecuencia de la atracción producida por los lugares más accesibles, la mayor parte de las ciudades presentan en el resto del tejido, densidades sumamente bajas e innumerables lotes vacíos, en extensiones que fuera de control se propagan en todas las direcciones posibles dando lugar a una "colonización" especulativa de centenares de hectáreas por año, muchas veces sobre terrenos inundables o inaptos y casi siempre desprovistos de servicios básicos como los de provisión de agua y desagües.

Otro factor que ocupa un lugar destacado en este proceso son las innovaciones en materia de transporte y muy particularmente el aumento de los automóviles. El actual crecimiento del parque automotor no puede ser absorbido por los actuales tejidos urbanos. La congestión y estrangulamientos que provoca hace necesario replantear todos los esquemas aplicados hasta ahora. Vivimos una época de gran movilidad y el sistema de transporte condiciona las implantaciones y estructura de las áreas urbanas.

A lo largo de las rutas principales y de las líneas férreas se generan especies de pseudópodos en donde se concentran la población y las actividades; estas especies de pseudópodos se extienden sobre vastos espacios que incluyen ínsulas de tierras cultivada, creando una especie de simbiosis entre lo urbano y lo rural. Se constituye así un suburbio, un medio híbrido entre lo que tradicionalmente se llamó ciudad y campo y una nueva forma de estructura urbana.

En lo que respecta a las grandes metrópolis, éstas ya no concentran más la producción de objetos, sino servicios y en particular los que requieren el uso del pensamiento. Al decir de Jean Gottmann, tienden a especializarse en un "terciario superior" o "cuaternario": la investigación científica y técnica, la administración pública y privada, la información (en sus diversas formas) y el esparcimiento de adultos.

Este sector “cuaternario” operativo (gerencial y de alto nivel de especialización) es la causa de la actividad de las áreas centrales, que se observa en las grandes metrópolis y constituye, además, el sector de fuerza laboral de más rápida expansión.

Estas “actividades operativas” son interdependientes y permanecen en el área central porque ella proporciona facilidades, la recepción y entretenimiento de sus visitantes, el prestigio de su ubicación y la proximidad de los servicios financieros y públicos necesarios. La proximidad para el contacto personal resulta esencial para este sector ya que mucho del trabajo científico y tecnológico consiste en tareas de equipos, consultas y comisiones.

Las telecomunicaciones parecen estar destinadas a desempeñar un papel significativo en la reducción de los inconvenientes que presenta la dispersión en las metrópolis modernas. El mensaje suplanta al desplazamiento, aunque ciertos tipos de contactos personales no pueden ser todavía sustituidos por aquéllos. Pero las nuevas posibilidades de teleinformación, teleconsulta y telecomando van a influir seguramente en la organización de las estructuras urbanas. Si la separación espacial de las actividades requiere la comunicación entre ellas, la introducción de un medio de comunicación puede estimular a su vez la separación espacial.

En cuanto a las zonas residenciales, sus características dependerán en gran parte de los criterios que se adopten al respecto. Si entendemos como zona residencial a la agrupación de viviendas y sus “prolongaciones inmediatas”, el equipamiento comunitario, es decir, escuelas, consultorios médico-asistenciales, clubes, abastecimientos, recreación, etc. —y por supuesto la provisión de agua, desagües, electricidad, etc.—, que constituyen atributos principales para una vida social equilibrada, constatamos que tanto aquí como en otras partes, lo realizado hasta la fecha resulta muy fragmentario y no guarda relación con la magnitud de las necesidades actuales y futuras.

La irracionalidad de los sistemas de financiamiento que se aplica en materia de vivienda ha hecho que mientras esté prácticamente saturada la demanda y existe exceso de oferta para los sectores de ingresos altos, la mayoría de la población que no puede pagar el precio de un alojamiento conforme a sus necesidades, ha quedado excluida de los mismos. No bastarán los esfuerzos para racionalizar los proyectos y hacer bajar los costos de la construcción mediante procesos técnicos para lograr el acceso de vastos sectores de la población a la vivienda. Para ello deberán reducirse los costos de la tierra, del dinero y limitar el beneficio de las inversiones.

LA CIUDAD DEL AÑO 2000

Debe considerarse la vivienda como uno de los bienes de consumo durables más importantes para las inversiones públicas y desalentarse la financiación de la vivienda destinada a constituir un bien de renta.

La morfología de las grandes urbes está en plena evolución y las soluciones aplicadas resultan ser insuficientes ante problemas que se multiplican, se diversifican y se complican.

La configuración de las futuras urbes estará determinada en gran medida por los sistemas y posibilidades de transportes que se ofrezcan a sus habitantes. Parece evidente que los nuevos sistemas de accesos y circulación deberán dar prioridad a los medios masivos sobre los de circulación con automóvil individual. Por otra parte, habrá que actuar sobre los términos residencia y actividades para reducir las necesidades de transporte. Al respecto hay que tener en cuenta que las inversiones en esta infraestructura tienen un peso considerable.

Parecería que las grandes urbes del futuro tendrán una estructura polinuclear, constituida por extensiones sucesivas de tramas de centros entre los cuales se establecerán cierta jerarquía y complementaridad.

Los ciudadanos deberán poder elegir entre una gama tan completa como posible de tipos de vivienda. Si la estructura urbana resulta producto de la racionalidad deberá salvaguardar al máximo las posibilidades de iniciativas de los grupos familiares y de los individuos. La libertad de opciones es uno de los atractivos principales de las urbes.

Otra cosa que está en cuestión es el contacto del hombre de la civilización urbana con la naturaleza. Se hace cada vez más necesario, para mantener el equilibrio psíquico de los ciudadanos que viven en un medio cada vez más artificial, el tomar contacto con el mundo vegetal, animal o mineral. Pero es importante también que la intrusión en masa de los ciudadanos no destruya precisamente lo que se buscaba: el aislamiento en un marco de paisajes naturales.

En cuanto a la planificación y diseño urbano debemos reconocer el fracaso de un cierto "funcionalismo", mediante cuya aplicación las actividades generadas en un área urbana podrían ser segregadas en categorías de uso del suelo, tales como vivienda, recreación, industria, comercio, etc. Estas "funciones" se suponían en diversos grados incompatibles entre sí y daban como resultado rigurosas zonificaciones que correspondían a distintos tipos de usos del suelo. De esa manera la posibilidad de cambio de uso no se preveía.

Pero la historia de las ciudades es testigo de como una gran cantidad de actividades se localizan en espacios que originariamente fueron diseñados para fines muy diferentes. Muchos cambios de usos, ocupantes y comportamientos han sido capaces de albergar ámbitos urbanos.

Se hace necesario, entonces, identificar las "transacciones" de actividades que tienden a producirse espontáneamente en las áreas urbanas. Pero ello significa incorporar la dimensión temporal en el proceso de organización espacial y facilitar la "movilidad" de actividades entre diferentes ámbitos. La introducción de este principio de "flexibilidad" en el diseño urbano permitiría solucionar además el serio problema que se presenta ante la irreversibilidad de las inversiones y la cada vez mayor incertidumbre respecto a los imprevisibles cambios tecnológicos, de comportamientos o de otro tipo. Pero esta temporalidad, que prevé la transformación y no la proyección del pasado o del presente, escapa en parte a toda previsión y elimina los "modelos". No hay ciudades tipos para el porvenir sino la delimitación de un cono de posibilidades previsibles y una aptitud abierta hacia las mismas.

Ante las inmensas transformaciones que nos esperan ¿estamos realmente preparados para afrontarlas y dominarlas?

Por el momento la respuesta parecería ser negativa: la era urbana en la cual estamos entrando implica una modificación radical de nuestras estructuras jurídicas y administrativas y de los métodos de pensamiento y acción heredados del pasado.

Los actuales desequilibrios económicos y sociales en su manifestación espacial integran el conjunto de fenómenos generados por el libre juego de las fuerzas del mercado, que se manifiesta negativamente en la estructura urbana. El actual sistema de la tenencia del suelo urbano constituye un obstáculo fundamental para todas las operaciones de extensión y renovación e impide satisfacer las necesidades de la comunidad.

La Administración no está adaptada a los problemas creados por el crecimiento rápido de nuestras aglomeraciones. Su estructura tradicional comporta una "compartimentalización vertical" de competencias (vivienda, escuelas, transportes) que si crea problemas en todos los niveles, se agudiza particularmente en el mundo urbano. La fragmentación de la autoridad entre varios municipios independientes que integran una misma aglomeración conspira contra cualquier gestión administrativa o financiera.

Pero si nuestros métodos de acción están en retardo en relación a la evolución del fenómeno urbano, nuestros métodos de pensamiento lo

LA CIUDAD DEL AÑO 2000

están más. Es sorprendente la ignorancia manifestada en la mayoría de los medios y grupos sociales con respecto al fenómeno urbano. ¿Cuántas personas, incluso entre las que desempeñan un papel principal en la determinación de los destinos del país, son conscientes del proceso de transformación que se opera en las ciudades y sus implicancias?

Así llegamos a la principal cuestión: la de los deberes y derechos y poderes del ciudadano hacia la urbe. Ella está directamente ligada a la forma de gobierno de las grandes urbes. La sociedad contemporánea está presa entre dos necesidades contradictorias, la de dar el poder al pueblo y la de poseer los conocimientos especializados que detenta un pequeño número. La urbanización plantea de esta manera, desde un ángulo particular, un problema general. ¿Cómo escapar a la incoherencia de soluciones dictadas por una opinión pública en general mal o tendenciosamente informada y con miras puramente coyunturales sin caer en la tecnocracia?

En la medida que los planes y proyectos conciernen a las necesidades y aspiraciones de los hombres no son de naturaleza puramente racional sino también política. Reducirlas a un mero análisis técnico es restarles una dimensión. En segundo lugar, el desafío lanzado a esta generación y las siguientes es de tal magnitud, que requiere un gran entusiasmo y eventuales sacrificios por parte de la población y ello no se logrará si la misma no se siente identificada y participante de esta gran empresa

BIBLIOGRAFIA CONSULTADA

BAREL, YVES: *Prospective et analyse de systèmes. Travaux et recherches de prospective*. La Documentation Française, París 1971.

BERGER, GASTÓN: *Phénoménologie du temps et prospective*. P.U.F., París 1964.

DAVIS, KINGSLEY: *La urbanización de la población humana en "La Ciudad"*. Scientific American. Madrid 1967.

GOTTMANN, JEAN: *Essai sur l'aménagement de l'espace habité*. Mouton & Co. et Ecole Pratique de Hautes Etudes. París 1966

HALL, PETER: *Las grandes ciudades y sus problemas*. Ediciones Guadarrama. Madrid 1965.

JANTSCH, E.: *Vers l'intersdisciplinarité dans l'enseignement et l'innovation*. Seminario de la O.C.D.E. Niza. Setiembre 1970. Mimeografiado.

JANTSCH, E.: *Integrative Planning of Technology*. O.C.D.E. París 1969

LEFEBVRE, HENRI: *La révolution urbaine*. Gallimard. París 1970.

LEFEBVRE, HENRY: *Le manifeste différentialista*. Gallimard. París 1970.

MASSÉ, PIERRE Y VARIOS AUTORES: *L'urbanisation*. Revista "Prospective" N° 11. P.U.F. París 1964.

MASSÉ, PIERRE ET LESOURNE, J.: *Le problème de la ville et l'analyse de systèmes*. Analyse et Prevision VII. Mayo 1969.

MEYNAUD, JEAN: *La technocratie*. Payot. París 1965.

OZBEKHAN, HASAN: *Toward a general theory of planning*. Perspectives of Planning. O.C.D.E. París 1969.

PIAGET, J.: *L'epistemologie des relations interdisciplinaires*. Seminario de la O.C.D.E. Niza. Setiembre 1970. Mimeografiado.

RUYER, R.: *L'utopie et les utopies*. P. Uf. París 1950.